

«LA MANO OCULTA» Y «EL PODER MODERADOR», UNAS NOTAS SOBRE LAS CAMPAÑAS PERIODÍSTICAS DE UNAMUNO ENTRE 1918 Y 1923

DAVID ROBERTSON
University of Stirling. Escocia

RESUMEN

En el contexto de las actividades políticas de Miguel de Unamuno, su producción periodística, sobre todo entre 1914 y 1924, se desconoce porque no se había reeditado hasta hace poco tiempo. Con referencia a unas ediciones recientes, este trabajo traza la trayectoria política de Unamuno desde la expulsión del Rectorado de la universidad de Salamanca en 1914 hasta el confinamiento en la isla de Fuerteventura en 1924. Uno de los aspectos más destacados de este periodo es el conflicto ideológico provocado por la primera guerra mundial en España y en este artículo el autor intenta demostrar cómo esta guerra llevó a Unamuno a un enfrentamiento directo con miembros de la familia Real.

Es un hecho indiscutible y al mismo tiempo lamentable que a Miguel de Unamuno se le conoce mucho mejor como autor de novelas, poesía y ensayos que por sus actividades como intelectual crítico de, y participante en, la vida política de la España de su tiempo. Esta situación hace caso omiso al hecho de que Unamuno escribió miles de artículos sobre temas políticos y sociales para la prensa española, hispanoamericana y europea, dio centenares de conferen-

cias sobre estos temas, recibió una condena de dieciséis años de prisión en 1920 por sus ataques a la familia real, fue desterrado por el general-dictador Miguel Primo de Rivera y, por último, fue candidato a la presidencia de la II República. En el curso de este artículo queremos resaltar el hecho de que Unamuno fue mucho más que un experto en las disciplinas de sus cátedras y, al mismo tiempo, mucho más que un escritor literario original para reafirmar el hecho de que Unamuno formaba parte de una élite intelectual convencido de su función social y política en la España de su tiempo.¹

La vida de Unamuno nos ofrece una simetría singular y trágica. Nacido cuatro años antes de la revolución septembrina de 1868, que puso en la frontera a la reina Isabel II, Unamuno recuerda a sus lectores en múltiples ocasiones que una de sus experiencias infantiles más formativas fue el bombardeo de su nativa ciudad de Bilbao por los ejércitos carlistas durante la última guerra de ese nombre en 1873. Unamuno murió cinco años después de la salida de España del nieto de Isabel, Alfonso XIII, y seis meses después del estallido de la guerra civil cuando Salamanca, su ciudad adoptiva, se había convertido en el cuartel general del ejército nacional. A caballo entre los siglos diecinueve y veinte, la vida de Unamuno abarca uno de los períodos más turbulentos y violentos de la historia de España que, visto sólo a grandes rasgos, incluye tres monarcas que no pudieron acabar sus reinados, dos repúblicas de corta duración, una dictadura militar, el asesinato de tres jefes de gobierno y los desastres coloniales en Cuba, Filipinas y Marruecos.

En el contexto de esta situación de inestabilidad permanente, no es de extrañar que los intelectuales españoles aparezcan con un pronunciado carácter político. Unamuno y sus congéneres adquieren su bagaje ideológico y su conciencia crítica tanto frente a los acontecimientos nacionales [desastre de Cuba, Semana Trágica, proceso de Montjuich, el caso Ferrer, Annual] como a los internacionales [el *affaire* Dreyfus, que les servirá de modelo, la primera guerra mundial, la revolución rusa] y permanecen en una situación de conflicto constante con el bloque del poder.² Como intelectual Unamuno es hijo de las circunstancias frente a las cuales se sitúa y se autodefine y por tanto, para él, la tarea cultural y la tarea política fueron una misma cosa. La trayectoria de Unamuno como intelectual

¹ Para nuestro análisis suscribimos a la definición de 'intelectual' ofrecida por Marsal: «Intelectual es aquel que generaliza saber, en forma más o menos literaria, para un público más amplio que el de su círculo profesional», MARSAL, J.F. [1967] «Pensadores, ideólogos y expertos. Notas para una sociología de los intelectuales», *Revista de Occidente*, núm. 47.

² Véase, por ejemplo, la opinión de Luis Araquistain expuesta en una carta a Unamuno con fecha de 27-10-1909 en Casa-Museo Unamuno, Salamanca: «Aquí somos y tenemos que ser anarquistas, es decir, enemigos del Estado, porque el Estado español es enemigo de todos nosotros. Vea usted cómo en Inglaterra y Alemania no hay anarquistas y de eso podría hablarle largo y tendido».

comprometido con la realidad de su país sigue, en términos generales, las líneas indicadas por Gómez Molleda; es decir, frente al poder en la etapa de la Restauración y en el poder durante las Cortes Constituyentes de la Segunda República.³ En el contexto español y dadas las condiciones históricas del país, los intelectuales alejados de la realidad socio-política resultan casos aislados.

Los intelectuales se auto-otorgan una función de comunicación social, de contar al pueblo su propia historia, de comentar los acontecimientos y de transmitir un saber práctico; una función que, en el contexto francés, Paul Valéry daría en llamar «*excitants sociaux*»⁴. Llegan a hacerse omnipresentes en la vida política fuera del poder y forman la principal oposición, dada la ausencia de una auténtica y eficaz oposición parlamentaria, al régimen de la Restauración. Frente a un Estado que oculta o esquivo los problemas, sin saber resolverlos, los intelectuales constituyen una minoría coherente dentro de las capas ilustradas. Como veremos, en esta época Unamuno llegará a la conclusión de que su papel no sólo era enfocar sus facultades críticas en casos específicos de fallos y abusos del sistema —es decir, hacer funcionar el poder— sino cuestionar las mismas estructuras del régimen.

Aunque Manuel García Blanco, el editor de ambas ediciones de la *Obras Completas* de Unamuno —las dos publicadas durante el régimen del general Franco— tomó la decisión de excluir la inmensa mayoría de los artículos políticos y de extirpar las referencias políticas de las obras incluidas alegando que éstas y aquéllos no reflejaban el 'verdadero' Unamuno, no se puede negar el hecho de que Unamuno dedicó gran parte de su gran talento periodístico y creativo a denunciar los fallos del sistema político, los males —generales y específicos— de la sociedad española y a indicar posibles soluciones. Vale la pena indicar que esta preocupación con los temas políticos y sociales de su época, lejos de disminuirse con los años, aumentó, sobre todo a partir de 1914, en tándem con una situación política cada vez más precaria y con profundos cambios en su circunstancia personal y profesional.

A Unamuno se le ha criticado—no siempre por personas con un *pedigree* impecable —por abogar que la función de un académico en la España de su época debía ser el periodismo antes que la investigación.⁵ En este con-

³ GÓMEZ MOLLEDA, M^a DOLORES, [1986]: «La función social de las élites intelectuales en la España contemporánea», en *Libro homenaje a José Antonio Maravall*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, p. 225.

⁴ VALÉRY, PAUL [1960]: *Rumbs: Tel Quel*, París, Gallimard, t. II, p. 619.

⁵ Por ejemplo, consúltese BENÍTEZ, HERNÁN [1949]: «La crisis religiosa de Unamuno», *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, año III, núm 9, tomo IV, vol I, pp.73-74 y GÓMEZ CARRILLO, E., «Una súplica a Unamuno», *ABC*, 15-9-1922. Véanse también los comentarios del general Miguel Primo de Rivera sobre Unamuno.

texto debe decirse que Unamuno fue todo menos que un catedrático encerrado en su torre de marfil. Dado el estado deficiente de la universidad española y la falta de preocupación y fondos gubernamentales necesarios para el desarrollo de la vida intelectual afirmó, en 1905, que «es preciso hoy en España que el catedrático sea publicista» y que «la prensa es hoy la verdadera universidad popular». ⁶ Es decir, que era a la vez su deber y su función despertar a sus conciudadanos de su estado de abulia y conformismo, crear opinión pública, provocar discusión y diseminar ideas sobre los principales temas sociales, culturales e ideológicos de su tiempo. En un artículo con el título muy acertado y muy unamuniano de «La noluntad nacional» escribió:

Pero los españoles ... sólo parecen querer que se les deje morir en paz. Morir, no vivir. España no quiere nada fuera de sí misma, es decir, no quiere nada. Ni siquiera ensueños que dar a los demás. Duerme sin soñar. ⁷

Vemos aquí cómo el tema de la sobrevivencia individual —tan frecuente en la obra de Unamuno— se une con el de la salvación de España como comunidad. Así como Unamuno luchó para combatir ‘la nada’ y salvarse a sí mismo a través de sus ideas, peleó también a favor de una salvación colectiva intentando prevalecer sobre el ‘no querer ser’ de sus compatriotas, intentando provocar en ellos la duda, la reflexión, la decisión y la acción. Para Unamuno la España de su tiempo era el contexto temporal dentro del cual él tenía que crearse a sí mismo y a su país y esta tarea sería su ‘moral de batalla’.

El cometido de Unamuno sería, entonces, actuar como un guía, cultivar el terreno espiritual, social y político, contribuir con ideas que despertaran en los otros el deseo de la libertad, que rompieran la mentalidad de masa y que provocaran una conciencia individual y colectiva:

Dar que hablar es dar que pensar y pensar es lo más grave que hay. Pensando una turba de hombres se hace pueblo, se hace ‘demo’, y da en la monomanía revolucionaria de la libertad, es decir, en la manía de conocer la ley porque se le gobierna y las razones de esa ley y en discutir las y, por último, en gobernarse a sí mismo. ⁸

⁶ UNAMUNO, MIGUEL DE, [1971]: *Obras Completas*, Madrid, Escelicer, vol. VII, p. 619.

⁷ COBB, CHRISTOPHER [Ed.], [1976]: *Miguel de Unamuno, Artículos olvidados*, Londres, Tamesis Books, p. 16.

⁸ UNAMUNO, MIGUEL DE, «Ni Ganas», *La Publicidad*, Barcelona, 16-1-1918, artículo no recitado.

Por las columnas de sus artículos periodísticos, Unamuno hace desfilar delante de sus lectores a los 'malvados' y 'traidores' de su España, de la España que él intentaba crear; los que obstaculizaban el progreso moral e histórico de su país. Sólo merecían desdén y desobediencia las figuras políticas —fueran civiles o de casta real— a las que les faltaban las características esenciales y ejemplares para dirigir una nación.⁹

Algo que se hace de sobra evidente al lector de sus trabajos periodísticos es la medida en que Unamuno estaba informado de temas históricos y presentes, nacionales e internacionales. Además de estar completamente al día de la prensa española, portuguesa, francesa, alemana, y británica, por ejemplo, en el contexto nacional, Unamuno tenía fuentes de información al más alto nivel en ambos partidos dinásticos: José Canalejas, José Sánchez Guerra, Santiago Alba y Angel Ossorio, para citar algunos.

Las campañas de Unamuno en la prensa y desde la tribuna atestiguan su fe en el poder de la palabra:

... el modo de luchar contra todo eso es martillar un día y otro, desde el periódico, desde la tribuna, para hacer opinión pública. No es el Parlamento el que ha de hacer la opinión pública, es la opinión pública la que debe hacer un parlamento no ficticio.¹⁰

Creía que su superior comprensión y visión le otorgaban el derecho de asumir la responsabilidad de guía espiritual —de psicólogo— y de creador de opinión. Si se nos permite emplear una metáfora platónica, Unamuno era uno de los que habían salido de la cueva, era un alumbrado. Todo esto está íntimamente ligado al concepto unamuniano del liberalismo en el fondo del cual yace, por un lado, el concepto de libertad de pensamiento, el fomento de la duda, la heterodoxia y el libre examen y, por otro, una meditación constante sobre el destino histórico-espiritual de España. La libertad es hija de la concienciación y la lucha por la libertad es la lucha por la personalidad, la más alta creación de cada individuo. Del mismo modo, el requisito de cualquier colectividad que aspira a hacerse libre es la concienciación a nivel individual y luego como colectividad. Así en el caso de Unamuno la política se hace metapolítica.

Por una serie de razones —algunas ya harto conocidas y otras quizás no tanto— y a las que haremos referencia, 1914 es un año clave en la definición

⁹ Los mejores ejemplos de estos ataques contra las primeras figuras del régimen pueden consultarse en los artículos que Unamuno publicó en *España con Honra y Hojas Libres* durante su exilio en Francia.

¹⁰ UNAMUNO, «Hacer política», O.C., vol. IX, p. 994.

de la actitud que Unamuno adopta frente al régimen. No obstante, cualquier análisis de la relación entre la intelectualidad liberal y los políticos desde la Gran Guerra en adelante ha de tener en cuenta los acontecimientos del cuarto de siglo anterior para comprender la creciente desilusión de aquéllos con éstos últimos. El desastre colonial de 1898 es un acontecimiento de todos conocido y mientras no se puede disminuir la importancia que tuvo a la hora de galvanizar opiniones, es importante recordar que una multitud de otros episodios internos demostró a Unamuno y otros intelectuales que el régimen que había surgido de la Restauración de la monarquía en 1875 en la persona de Alfonso XII y prolongado por su hijo, distaba mucho de ser robusto y sano y de incorporar los ideales de la revolución de 1868.

Graves estallidos de violencia popular, atentados con bombas en teatros y contra procesiones religiosas y el asesinato del primer ministro Cánovas del Castillo eran acontecimientos que confirmarían en la mente de Unamuno las verdades sobre el régimen político y social que Joaquín Costa expuso en su Oligarquía y Caciquismo. Es importante tener en cuenta que Unamuno empezó a publicar artículos criticando los peores abusos del sistema político algunos años antes de 1898.¹¹

La llamada Semana Trágica de 1909 y, sobre todo, las secuelas de este episodio, es decir, el clamor público contra la brutal represión oficial de los disturbios de Barcelona, la ejecución de Ferrer Guardia y el despido de parte de Alfonso XIII del entonces primer ministro Antonio Maura, puso de relieve la debilidad, inflexibilidad y tendencias atávicas del régimen de Madrid al mismo tiempo que demostró que, en el sistema político español, las últimas decisiones las tomaba el monarca quien, al acceder al trono en 1902, había declarado su intención de intervenir directamente en asuntos nacionales.

La vida política de España de últimos del siglo pasado y principios del actual nos presenta una compleja malla de fuerzas contradictorias en duro combate con sus adversarios particulares pero a menudo debilitadas por divisiones internas; una maraña de impulsos centrifugadores y centrípetos, extremos de indigencia y lujo, un rey decidido a reinar pero a la cabeza de un estado débil y fraccionado, los campeones de la modernización en lucha con los de los intereses creados, una iglesia tradicional contra el estado liberal y los anarquistas contra todos. El sistema político creado por Cánovas del Castillo —pero deformado por figuras del talante de Romero Robledo— distaba mucho de ser un vehículo para el progreso y reforma, convirtiéndose en una oli-

¹¹ Consúltese, por ejemplo, el artículo «Romero-robleidismo» en RIBAS, PEDRO [Ed.] [1976]: *Miguel de Unamuno, Escritos socialistas, artículos inéditos sobre el socialismo, 1894-1922*, Madrid, Editorial Ayuso, p. 231.

garquía de intereses rurales y financieros, que se mantenía en el poder gracias a una desvergonzada corrupción electoral y, cuando hacía falta, con el peso del ejército.

Si la muerte política de Maura en 1909 significó el término de la campaña regeneracionista del partido conservador, el asesinato, en 1912, del adalid de la regeneración del partido liberal paralizó casi todo programa de cualquiera de los dos partidos turnantes para una profunda modernización de la vida política, social y económica de España. Desde estos momentos en adelante, perdió terreno la idea de que la 'regeneración' pudiera implantarse por medio del sistema parlamentario y las clases conservadoras, alarmadas por la aparente más que real amenaza del republicanismo revolucionario, sólo contemplarían el cambio si fuera traído por un régimen autoritario.

Es importante tener en cuenta que el telón de fondo del escenario político español lo proporciona Portugal y Unamuno refiere constantemente a este país en sus artículos. El asesinato del rey y del príncipe heredero en las calles de Lisboa en 1908 y la declaración de una república portuguesa dos años más tarde, sirvieron no sólo para dar ánimos a grupos pro-republicanos en España sino también a endurecer opiniones entre los sectores conservadores de la sociedad española y, sobre todo, a llevar al joven Alfonso XIII a intentar asegurar su posición por todos los medios a su alcance, echando por la borda, como hemos dicho, a su primer ministro Maura durante la crisis de 1909, conspirando con núcleos monárquicos en Portugal y, en 1923, dando paso al establecimiento de una dictadura militar en su propio país.¹²

Como ya hemos indicado 1914 es un año clave en la relación entre Unamuno y el régimen y hay que tomar en cuenta dos factores fundamentales. Primero, la amarga polémica ideológica que acompañó la declaración, por parte del gobierno español, de absoluta neutralidad ante el conflicto que acababa de estallar en Europa y, en segundo lugar, el arbitrario despido de Unamuno del puesto de Rector de la Universidad de Salamanca, víctima de maniobras de camarillas políticas en Madrid. La confluencia de la radical oposición de Unamuno a la neutralidad española ante la guerra en Europa con la dolorosa afrenta a su buen crédito profesional que supuso la expulsión del rectorado le conducen a emprender una campaña —desde la tribuna y la prensa— contra el gobierno y, con el tiempo, contra miembros de la familia real.

Comentando los acontecimientos de 1914 en un artículo titulado, «Cambio de rumbo», publicado seis años más tarde, escribe:

¹² Véase DE LA TORRE GÓMEZ, HIPÓLITO [1982]: «Relaciones hispano-portuguesas [1919-1930]», *Revista de Historia Contemporánea*, 1.

Estalló la gran guerra en agosto de 1914 y poco después comenzó mi guerra también. A fines del mismo agosto empecé a ser perseguido por el más alto poder público de mi patria. ¿Mi pecado? No lo sé. Acaso andar erguido, sobre dos pies, y no salirme del sendero de mi trabajo, de mi oficio público para buscar coyunturas de oficio y excusables saludos ...¹³

Es evidente que la orden de abandonar el Rectorado emitida, sin explicación ni justificación alguna por el entonces ministro de Enseñanza Pública, José Bergamín, y firmada por el rey, supuso un golpe duro para Unamuno quien vio en este desaire una muestra más del desprecio hacia la universidad y los intelectuales que sentían el gobierno y el alto personal palaciego para quienes él era: «... un representante más de toda una clase de españoles a los que hay que hacerles sentir que todavía rige en España la política del pollo antequerano». ¹⁴ Su amigo Francisco Giner de los Ríos le escribe una carta de condolencia en que califica este atropello oficial como una «prueba de la tragedia de barbarie que nos regalan las partes más selectas de la Humanidad». ¹⁵

La expulsión de Unamuno del rectorado se debe, sin duda, al deseo de cortar la influencia de sus actividades políticas que preocupaban o incordiaban a la oligarquía dinástica —a saber, sus simpatías socialistas, sus campañas agrarias, las elecciones al Senado y su lucha contra el caciquismo universitario— pero, sobre todo, al temor a que la figura de Unamuno pudiera representar un serio riesgo para la política gubernamental de estricta neutralidad ante el conflicto europeo. Unamuno se niega a pedir la reposición, aunque sí justicia, en forma de una explicación oficial, declarando además que se avergüenza de: «... pertenecer a un país donde se puede poner y quitar y trasladar funcionarios, aunque sean de cargos de confianza, sin advertirles antes y sin explicarles motivo». ¹⁶ Salamanca le resulta una tierra difícil para encajar la vergüenza pública de su fracaso y de su forzoso abandono de la casa rectoral para ir a vivir en la calle de Bordadores. Hay muchos enemigos del catedrático vasco —incluso entre sus colegas de la Universidad— que acogen su caída con regocijo y regodeo.

Sería oportuno, llegados a este punto, hacer unas pocas aclaraciones sobre la Primera Guerra Mundial y su impacto en España. A pesar de la neutralidad

¹³ UNAMUNO, O.C., vol. VIII, p. 444.

¹⁴ UNAMUNO, O.C., vol. XI, p. 1147.

¹⁵ Carta de F. Giner de los Ríos a Unamuno, en GÓMEZ MOLLEDA, M^a DOLORES [1976]: *Unamuno, 'agitador de espíritus y Giner de los Ríos*, Salamanca, Acta Salmanticensia, Filosofía y Letras, núm. 93, Universidad de Salamanca, p. 88.

¹⁶ Carta a Julio Burell, citada en SALCEDO, EMILIO [1970]: *Vida de don Miguel*, 2^a ed, Salamanca, Ediciones Anaya, p. 199.

española, la guerra, como nos indican los historiadores, tuvo un efecto catalizador —el mismo Unamuno habló de una «reacción Wasserman»¹⁷— sobre la vida política del país, agudizando tensiones sociales y regionales y aumentando las presiones que caían sobre el gobierno. La decisión del primer ministro Eduardo Dato de declarar la neutralidad española en 1914 obedeció no sólo a la falta de preparación militar para un conflicto de esa escala, sino también a la falta de una muestra siquiera de identificación moral con aquellos países —Gran Bretaña y Francia— que, para muchos, defendían la causa de la democracia liberal y el parlamentarismo.

En la opinión de Unamuno y de otros muchos intelectuales españoles, la neutralidad sólo podía interpretarse como una admisión de debilidad y un intento de esquivar lo que él veía como el deber fundamental de cualquier gobierno, es decir, la promoción y la defensa del progreso y la transparencia en todas las esferas de la vida nacional. La decisión oficial de imponer la neutralidad y de impedir que se discutiera esta política en el Parlamento, reducía España al rango de una nación de segunda o tercera clase, aislada de las corrientes centrales de la actualidad mundial de aquel momento, al mismo tiempo que subrayaba su tradicional abulia y atraso, los vicios nacionales contra los que Unamuno siempre había luchado. Para él, el contexto ideológico de la guerra brindaba a España una oportunidad de abandonar su tradicional ambivalencia hacia Europa y de respaldar la democracia y la cultura que él veía amenazadas por el imperialismo militar alemán y los múltiples y poderosos grupos pro-germánicos dentro de España. Es un hecho que la neutralidad declarada por España favoreció a Alemania.

Para Unamuno y otras figuras de la intelligentsia aliadófila, el hecho de que el régimen se negara a identificarse con los Aliados les produjo una profunda vergüenza. El respaldo firme del grupo aliadófilo hacia Gran Bretaña y Francia reflejaba, además, su temor a que una victoria alemana resultara, como dijo:

... en el triunfo de la Kultur, autoritaria, dogmática, ordenancista, anti-herética, la que quiere imponernos una rígida disciplina, con su verboten por donde quiera, y ahogar nuestras opiniones a nombre de un dogma cualquiera.¹⁸

Espoleado por su pleito personal-profesional contra el gobierno y su total desacuerdo con la política neutralista, Unamuno se lanzó a una campaña —des-

¹⁷ Véase carta de Unamuno a Romolo Murri en BOTTI, ALFONSO [1992]: «Unamuno, Murri, Sabatier e la 'grande guerra. Lettere», *Spagna Contemporanea*, 1992, núm 1, p. 140.

¹⁸ UNAMUNO, «Hispanofilia», O. C., vol. IX, p. 991.

de la tribuna y la prensa— que el hispanista Inman Fox ha calificado de «casi frenética»¹⁹ —no sólo contra los líderes ocasionales de los partidos turnantes sino, también, y con creciente insistencia, contra el rey Alfonso y la Reina Madre. La envergadura de esta campaña aún queda por estudiar pero lo que sí sabemos es que durante el periodo de la Gran Guerra y los años post-bélicos hasta 1924 Unamuno escribía entre cuatro y cinco artículos por semana sobre temas políticos para la prensa nacional y extranjera. En este contexto, debemos tener en cuenta que, aparte de sus claras preocupaciones por los temas de la guerra y las convulsiones de la época post-bélica, la enorme producción periodística de Unamuno reflejaba también sus necesidades económicas. Escribiendo sobre los acontecimientos de 1914 unos años más tarde, Unamuno reconoció que, después de perder el rectorado, tuvo que aumentar su producción periodística «al objeto de compensar el perjuicio económico que me ha traído».²⁰

Al examinar los artículos publicados entre 1914-1918 podemos afirmar que hasta mediados de 1917, Unamuno siguió siendo lo que el historiador Manuel Tuñón de Lara ha llamado una 'figura recuperable' cara al régimen. Es decir que Unamuno estaba dispuesto a colaborar con el gobierno siempre que éste se reformara y se hiciera auténticamente liberal. Formulaba sus críticas de los políticos y los organismos del Estado con un fin más constructivo que destructivo. Hasta aquí las referencias a figuras de la familia real son escasas y tangenciales y Unamuno reservaba sus puyazos más fuertes para los cabecillas de los partidos dinásticos: Romanones, García Prieto, La Cierva y sobre todo, Eduardo Dato, miembros de lo que Unamuno llamaba «gobiernos irresponsables por delegación» —una referencia indirecta al rey.

No obstante, desde el verano de 1917 en adelante y sobre todo en 1918 cuando la derrota de Alemania sólo parecía cuestión de tiempo, queda claro que Unamuno abandonó toda esperanza de que Alfonso diera un timonazo para orientar el régimen hacia un camino más democrático. En un artículo titulado «La anarquía reinante» publicado en 1918, Unamuno alude, sin ambigüedades, no sólo a las actividades de los anarcosindicalistas sino también, y principalmente, a las intromisiones de Alfonso en asuntos nacionales e internacionales y comentó: «... la anarquía es ésa, la reinante».²¹ Si a esto añadimos la sospecha de que el rey había entablado negociaciones secretas con Austria y

¹⁹ INMAN FOX, E. [1986], «Los intelectuales españoles y la política [1905-1914]: el caso de Unamuno», en *Volumen-homenaje cincuentenario de Miguel de Unamuno*, Salamanca, Casa-Museo Unamuno, 1986.

²⁰ UNAMUNO, «De la confianza ministerial», O.C., vol. IX, p. 1147.

²¹ «La anarquía reinante» [9-6-1918], recopilado en ROBERTSON, GRAHAM DAVID [Ed.] [1996]: *Miguel de Unamuno's Political Writing 1918-1924, La Anarquía Reinante [1918-1920]*, Lewiston, N.Y., The Edwin Mellen Press, pp. 43-46.

Alemania, confiado en la victoria de estos países, se comprende porqué Unamuno se sintió provocado a atacar directamente al rey y la reina madre en sus artículos, llevando la batalla política al seno mismo del régimen. Desde aquí en adelante encontramos en sus artículos referencias constantes al rey—a menudo en términos muy fuertes—en las cuales Unamuno deja bien claro que, en su opinión, Alfonso era el principal obstáculo al progreso político de España: «el problema político de España no es tanto de monarquía sino de monarca». ²²

La difícil relación que tiene Unamuno con el rey desde este momento en adelante no fue siempre tan mal avenida. A pesar de su liberalismo medular y un anti-monarquismo innato, Unamuno veía los peligros del republicanismo en el contexto español de entonces y las ventajas de un monarca que promoviera un estilo de gobierno progresista y abierto, manteniéndose al margen de la política diaria. En 1904, por ejemplo, después de una visita del entonces joven Alfonso a Salamanca, Unamuno comentó: «el mozo me gusta, me parece sencillo y bien intencionado» ²³, pero no tardó en notar otros atributos menos favorables, por ejemplo, la influencia de su madre, María Cristina de Habsburgo Lorena, ‘la insoportable austríaca’, la afición de Alfonso por el mundo militar y su falta de ideales:

... el muchacho va por muy mal camino, resulta voluntarioso e indisciplinado. Me temo que quiera salir un petit kaiser, y ... aquí sería una calamidad nacional. Auguro muy mal de su reinado. ²⁴

A pesar de estas dudas en cuanto a las dotes regias de Alfonso, Unamuno aún no abandonó sus esperanzas de que el rey pudiera abrir el camino hacia una auténtica democracia moderna. Incluso durante la turbulenta crisis política de 1917 y en el contexto de un mitin de los grupos de izquierda a favor de los Aliados en la plaza de toros de Madrid, Unamuno demostró que, al contrario del declarado republicanismo de la mayoría de los otros oradores, aún mantenía cierta fe en la monarquía como la forma de régimen bajo el cual España podía disfrutar de progreso y estabilidad:

...estamos asistiendo a una revolución y los tronos mismos se derrumbarán al cabo al no saber cimentarse en el suelo que está amasado de sangre de esta revolución porque si se persiste en la neutralidad

²² UNAMUNO, «De la confianza ministerial», O.C., vol. IX, p. 1147.

²³ FERNÁNDEZ LARRAIN, SANTIAGO. [1965]: *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*, Santiago de Chile, Zig-Zag, p. 33.

²⁴ FERNÁNDEZ LARRAIN, 1965: 337-338.

a todo trance y costa muchos que no hemos sido republicanos nunca, que no lo somos todavía, que aún tenemos un pequeño hilo de esperanza de esta monarquía resurgida de la revolución de setiembre y no del despotismo de Fernando VII, tendremos en este caso que hacernos republicanos al cabo.²⁵

El tema que revela —mejor que cualquier otro— el dilema y las contradicciones de la posición española durante la guerra y que llevó a Unamuno a un conflicto abierto con la familia real, fue la campaña submarina de Alemania contra las flotas mercantes de naciones, incluso las neutrales, como España, que comerciaban con sus enemigos. Esta campaña empezó en febrero de 1915 y tuvo como resultado la pérdida por parte de España de gran número de barcos y tripulaciones. A diferencia de las vigorosas protestas del Presidente Wilson cuando ciudadanos norteamericanos perdían la vida en los ataques alemanes, la protesta española fue débil y retrasada por disputas secretas en las más altas esferas del estado. En septiembre de 1916 *The Times* de Londres informó que Alemania había destruido un total de 50 mil toneladas de barcos de la flota mercante española —muchos hundidos delante de las costas— pero el gobierno esperó hasta junio de 1917 para prohibir la entrada de submarinos de cualquier nación en sus aguas territoriales. Sólo en 1918 adoptó el gobierno una línea más firme con Alemania, amenazando incautar buques alemanes refugiados en puertos españoles en un *quid pro quo* por las pérdidas españolas.

Esta fue una cuestión que le causó especial indignación a Unamuno porque veía en ella los males de España en microcosmos. En innumerables referencias al tema en sus artículos Unamuno atribuye la flaca reacción del gobierno español a la intervención del rey y la reina madre en las decisiones de los ministros. María Cristina era de familia austriaca y Alfonso, junto con varios sectores poderosos de la sociedad española —entre ellos su querido ejército— confiaba en una victoria alemana y, al parecer, albergaba ciertas ambiciones territoriales en la Península y el norte de Africa en el caso de que Gran Bretaña y Francia resultaran vencidos. Dado que Unamuno arremetía directamente y con dureza contra la familia real desde sus columnas en la prensa nacional e internacional, era inevitable que tarde o temprano tuviera problemas con las autoridades. Que resultaba una espina en la carne del gobierno queda demostrado por la cita que damos a continuación tomada de un informe escrito por el comisario de policía de Salamanca para el juicio de Valencia del que hablaremos más adelante:

²⁵ COBB, 1976: 92.

En cumplimiento a su comunicación fecha tres del actual en la que ordena se informe sobre la conducta moral observada por don Miguel de Unamuno y Jugo, he de participar a V.S. que en esta jefatura de Policía no constan antecedentes delictivos del señor Unamuno; no obstante, puédesele juzgar como elemento peligroso y perturbador del orden actual según puede precisarse en sus discursos y propaganda.²⁶

Aquí vale la pena señalar que, a diferencia de los regímenes militares de Primo de Rivera y Franco, hasta 1923 los gobiernos de la Restauración eran de civiles y toleraban la crítica. Esto nos explica las numerosas cartas en el archivo de Unamuno en Salamanca de políticos de la época quejándose de un vاپuleo verbal a manos del catedrático en la prensa de la semana anterior. En cualquier caso, la fama nacional e internacional de Unamuno le hacían intocable y, además, era imposible hacerle callar.

Flagelar a políticos débiles y poco confiables era un deporte nacional pero lanzar acusaciones contra la realeza era harina de otro costal. Aunque en el pasado Alfonso pareció dispuesto a hacer la vista gorda a las pullas de Unamuno, ya en 1919, después de la desaparición de las coronas de Portugal, Alemania, Rusia y Austro-Hungría, esta tolerancia se había agotado. La reina-madre nunca se mostró tan benévola y, en 1920, Unamuno fue llamado a juicio en Valencia acusado de «supuestos delitos de injuria a Alfonso» en tres artículos para la prensa. Estos artículos —que sólo han sido reeditados recientemente— aparecieron en *El Mercantil Valenciano*, un periódico pro-republicano, y son: «El archiducado de España», «Irresponsabilidades», ambos de 1918, y «La soledad del Rey» de 1919.²⁷ Como se puede leer en la prensa de aquel momento, Unamuno quedó absuelto por el último de estos escritos pero por los dos primeros se le condenó a ocho años de prisión mayor y multa de quinientas pesetas por cada uno. Según las bases fundamentales de ambas condenas se hace patente que, de los dos escritos castigados, el que más ofensa dio a las autoridades fue el titulado «El Archiducado de España» ya que los considerandos relevantes hacen una extensa relación de los supuestos delitos del autor que nos permitimos citar aquí puesto que en ellos se tocan varios temas que trataremos más adelante:

Que escrito el artículo titulado «El Archiducado de España», en forma manifiestamente despectiva para la augusta persona de S.M. el Rey, a quien irónicamente se le llama archiduque de guerra europea se

²⁶ ROBERTSON, 1996:394.

²⁷ Los tres artículos están recopilados en ROBERTSON, 1996.

ha estado jugando a la neutralidad, la cual ha resultado una alcahuetería, que el rey hace dejación de sus funciones de jefe de Estado, permitiendo que su augusta madre sea todavía regente; que ha sido parcial en favor de los imperios centrales con perjuicio de España, induciendo a sus ministros a proceder como si fuera seguro el triunfo de aquéllos; que por la intervención de S.M. doña María Cristina se hizo lo que el procesado llama vergonzoso cachipuche de la incautación de barcos alemanes, que España es un archiducado dependiente de Alemania, y que no hay en la nación voluntad nacional, sino tan sólo voluntad del archiduque, refiriéndose a S.M. el Rey, aparte de otros conceptos e imputaciones que desde luego puede afirmarse que no constituyen una crítica racional y legal de carácter político, sino que realmente traspasan estos límites, y claramente se ve tanto por el sentido general que inspira el artículo como por el de cada uno de los conceptos vertidos en el mismo, que el propósito de su autor ha sido el de menospreciar la augusta persona de S.M. el Rey, y por tanto el de injuriarle.²⁸

De aquí podemos deducir que Unamuno fue hallado culpable y sentenciado por airear comentarios sobre temas altamente conflictivos en esa época: la neutralidad española y los papeles públicos y privados de la familia real española en el contexto de la guerra europea. El hecho de que el artículo titulado «El Archiducado de España» fuera citado específicamente por el tribunal nos permite suponer que fue el que más resentimiento causó entre aquéllos a quienes iba dirigido —es decir, al rey y a su madre. En él, Unamuno cita de un informe publicado en *The Times*, titulado «German Offer to Spain»,²⁹ publicado en septiembre de 1919, en que el corresponsal británico afirma que la reina madre había presionado sobre el consejo de ministros durante las discusiones sobre la indemnización a exigir a Alemania:

I understand that on the personal intervention of the Queen Mother, whose influence in German circles is, of course, considerable, the Germans have offered to hand over seven of their interned ships and also to respect the Spanish flag at sea, provided it is flown by ships exclusively engaged in in Spanish trade.

This, it will be seen, is a very different thing from the intention, so firmly expressed in the Spanish note. To begin with, making a pre-

²⁸ «Don Miguel de Unamuno condenado», *El Mercantil Valenciano*, 17-9-1920, p. 1.

²⁹ «La oferta alemana a España». [Traducción del autor de este artículo]

sent of seven ships is quite another matter from having ships seized in proportion to losses suffered. How the number seven is arrived at,, seeing that nearly thirty per cent of the Spanish mercantile marine has already been destroyed by enemy action, it would be hard to discover. The whole proposal is framed in the interests of Germany, who in this case would appear to have enlisted the Queen Mother in the course of negotiations which ... cannot in the long run but be disastrous for Spanish interests.³⁰

En «El Archiducado de España», Unamuno dice:

Y *The Times* ha acusado a la ex regente —o mejor, a la regente, sin ex todavía— de haber mediado en el vergonzoso cachipuche de la incautación de esos siete barcos que Alemania nos ha concedido generosamente para que España no se viese en el duro trance de tener que ejercer su derecho contra el imperio de que este nuestro archiducado depende.³¹

En mi opinión, fue esta referencia a la Reina Madre, hay otra parecida en el artículo «Irresponsabilidades», la que hizo caer la ira oficial sobre la cabeza de Unamuno. Desde 1917 en adelante, abundan las alusiones duras y despectivas al rey en los artículos que Unamuno escribió para la prensa. Entre otros muchos tópicos reales Unamuno hace mención de los vínculos de sangre entre Alfonso y los Habsburgos de Austria, «la borbonería actual española es habsburguiana»³², de las supuestas negociaciones secretas entre Alfonso y el Kaiser: «...procediendo anticonstitucionalmente, en rey absoluto, en emperador habsburguiano, entabló negociaciones directas con el emperador de los empe-

³⁰ *The Times*, 24-9-1918, p.7. «Tengo entendido que, debido a la intervención personal de la Reina Madre cuya influencia en el gobierno alemán es considerable, los alemanes han ofrecido entregar a España siete de sus barcos internados, además de respetar la bandera española siempre que sea utilizada por barcos ocupados exclusivamente en comercio nacional. Esto, como se puede ver, queda muy lejos de la intención tan firmemente expuesta en la nota española. Para empezar, la entrega de siete barcos es muy distinto a que se le incaute a Alemania un número de barcos proporcional con los perdidos por España. Cómo se llega a la cifra de siete barcos dado que casi la tercera parte de la flota mercante española ha sido destruida por acción del enemigo es algo que resulta muy difícil de entender. Queda claro que la propuesta ha sido formulada según los intereses de los alemanes, quienes han solicitado la ayuda de la Reina Madre durante las negociaciones que sólo pueden ser desastrosas para los intereses de España a largo plazo» [Traducción del autor de este artículo].

³¹ Véase ROBERTSON, 1996: 105.

³² UNAMUNO, «El mitin antihabsburguiano», *La Publicidad*, 28-12-1919, 1, artículo no reeditado.

radores»³³ y de la manera en que la monarquía obstaculizaba el progreso en España: «... la monarquía no es hoy en España más que una encubridora de las vergüenzas políticas y del malgobierno».³⁴

Las referencias a doña María Cristina son menos frecuentes y hasta últimos de 1919 no se encuentran otras dignas de ser citadas. En el artículo «Disolución de crisis», de diciembre de ese año, Unamuno comenta: «... en efecto pesa sobre el Poder llamado moderador más presión oculta que las ya famosas Juntas de Defensa».³⁵ En «Un sino trágico» que apareció dos semanas más tarde, Unamuno vuelve a aludir a la reina madre con referencias a «la mano oculta», «una persona consejera» y a un altercado entre María Cristina y el entonces primer ministro Eduardo Dato, durante el cual parece que el político recibió una sonante bofetada de manos de la augusta señora, comentando después «... los mayores de edad deben estar fuera de la tutela materna»³⁶; una referencia a la influencia que María Cristina ejercía sobre su hijo.

Ahora quería volver al tema del juicio de Valencia para aclarar unos cuantos puntos. A pesar de que Unamuno resultaba un estorbo para el gobierno y la dinastía está claro que en ningún momento había la intención de implementar la sentencia ya que al dictarse quedó bajo los efectos de un real decreto de indulto. Como era de esperar Unamuno se negó a aceptar este desenlace y pidió la revisión de su caso por el Tribunal Supremo. Estaba convencido, y creemos que con toda la razón, de que la intención de una sentencia tan severa era hacerle callar mientras que con el indulto el rey se hacía una imagen favorable: «... había el propósito de indultarme y que el rey apareciese magnánimo, y el de amenazar para posible reincidencia. Y se me condenó para que se me indultase».³⁷

Cabe preguntarse qué había detrás de esta constante atención que Unamuno le otorga al rey de España. ¿Pura antipatía? No lo creemos, ni creemos que el propósito de Unamuno fuera convertir en bestia negra al rey aunque sus comentarios son duros, llegando a veces hasta el insulto. Creemos que hay que tener en cuenta varios factores; la discutida neutralidad, la destitución, el hecho de que Alfonso XIII era el jefe constitucional de un régimen inepto, débil

³³ UNAMUNO, «La última vileza», *El Mercantil Valenciano*, 28-12-1919, 1, artículo no reeditado.

³⁴ UNAMUNO, «La heredada incondicional lealtad», en COBB, 1976: 169-172.

³⁵ ROBERTSON, 1996: 192.

³⁶ ROBERTSON, 1996: 203. Esta cita atribuida a Eduardo Dato nos trae a la memoria unos comentarios referentes a su madre que Alfonso XIII escribió durante los últimos días de su vida. Véase FUENTE, Ismael [1994]: *Yo, Alfonso XIII*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, p. 490.

³⁷ Véase carta de Unamuno a Alfredo L. Palacios citada en GONZÁLEZ MARTÍN, Vicente [Ed.] [1977]: *Crónica política española*, Salamanca, Ediciones Almar, p. 289.

y mediatizado por intereses particulares que sofocaban cualquier paso hacia la democracia, de un régimen sin base popular que en los momentos de crisis —en 1917, por ejemplo, en el contexto de un intento de huelga general— tenía que recurrir a la represión y al Ejército.

También creemos que Unamuno veía en Alfonso el símbolo de un concepto patrimonialista, particular e imperialista del Estado que iba totalmente en contra de la idea unamuniana de la nación como una comunidad de individuos libres, independientes y responsables. Pero a Unamuno no se le escapaba que, si Alfonso se marchaba, como amenazaba hacer con frecuencia, o fuera puesto en la frontera como su abuela, la alternativa —una dictadura o una república— podía resultar mucho peor. Además, a pesar de sus muchas faltas, el régimen parlamentario era de civiles y susceptible de mejora. Entonces, el significado de este martilleo constante contra Alfonso es que Unamuno quería provocar en el rey una reconsideración de su papel, quería aleccionarle y así redimirle de la tontería. El fin de todos estos ataques contra el rey, las constantes referencias a las figuras más ruines de la realeza española —sobre todo Fernando VII— y las comparaciones con monarcas europeos más progresistas, era hacer que Alfonso entrara en razón.

Existen estudios sobre la obra de Unamuno que demuestran cómo el escritor entabló una lucha personal contra la 'tontería' durante la dictadura militar del general Miguel Primo de Rivera y nosotros creemos que esta lucha remonta a los años de la guerra mundial.³⁸ De hecho, se podría afirmar que durante estos años Unamuno se esforzó por rescatar la monarquía parlamentaria del error y de la tontería puesto que para él, dada la ausencia de conciencia y preparación cívicas, las alternativas —dictadura o república— no inspiraban optimismo. Por tanto, era preciso procurar sanear la monarquía por todos los medios a su alcance ya que temía y no sin razón que si el régimen fuera desmoronado por el pretorianismo, podría resultar mucho peor el remedio que la enfermedad:

¿Y hay quienes vienen y nos dicen que hay que barrer el Parlamento. Bueno, ¿y si la escoba con que vayan a barrerlo está más sucio que él? Si al quitar el polvo parlamentario deja allí un rastro de fango? Malo y todo como es el Parlamento tememos más el baldeo con que lo barran, si lo barren.³⁹

³⁸ ROBERTS, STEPHEN [1986], «Unamuno contra Primo de Rivera, diez artículos de 1923-1924» *Revista de Ciencias Sociales*, núm. 75, noviembre, pp. 83-112, y del mismo autor, [1989], «Unamuno en el exilio y su lucha contra la tontería», en *Actas de Congreso Internacional Cincuentenario de Unamuno*, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 591-594.

³⁹ UNAMUNO, «Disolución de crisis» [15-12-1919], en ROBERTSON: 1996.

Es más que probable que Unamuno tenía siempre presente la brevísima y caótica primera República de 1873 y que veía la monarquía —a preferencia una monarquía a estilo británico— como un mal necesario para apaciguar a las clases conservadoras a medida que la democracia liberal fuera arraigándose en España. Sin embargo, para que funcionara este modelo era preciso un monarca que apadrinase un estilo de gobierno abierto y progresista, que permitiese el acceso de los más aptos a la vida pública, que comprendiese que la realidad política estaba más allá de los gastados partidos dinásticos y que, por último, que se alejase de la política diaria.

Por desgracia, Alfonso XIII no cumplió ninguno de estos criterios y se fue tambaleando de la crisis del periodo de la primera guerra mundial al desastre colonial de Marruecos de 1921 —parte de la culpa del cual le corresponde— para caer, en 1923, en los brazos del dictador Primo de Rivera, pisoteando su juramento de fidelidad a la constitución en el camino. A mediados de 1919, Alfonso pronunció un discurso —muy comentado por Unamuno en sus artículos de prensa— en el Casino de Córdoba en el cual culpó al Parlamento y a los políticos por los problemas del país, declarándose dispuesto a saltarse a la torera la Constitución e iniciar legislación ‘beneficiosa’ si así lo dispusiera la opinión nacional.

Entre 1918 y 1923 la crisis social y política en España se ahondaba de un mes para otro. Una lucha a muerte entre obreros y patronos en las ciudades industriales, graves disturbios en el campo, las incesantes reivindicaciones de los nacionalistas catalanes, el asesinato del primer ministro Dato, la aniquilación del ejército español en Marruecos y las ingerencias cada vez más agresivas de las fuerzas armadas en la política, fueron factores que agotaron las fuerzas del gobierno, exponiendo al mismo tiempo la cruda realidad de que carecía de cualquier apoyo popular, que vivía o moría a capricho del rey y que casi no ejercía autoridad sobre el ejército en Barcelona en el contexto de los problemas laborales de la ciudad condal.

La virulencia de los ataques de Unamuno contra el rey fue subiendo, sobre todo después del desastre marroquí del verano de 1921, hasta el punto que algunos periódicos se vieron forzados a pedirle que moderara su lenguaje y omitiera las referencias al rey:

El motivo es sencillo —le escribió el editor de *El Liberal*— publicarse un artículo de usted hablando del señorito del whisky y de la ruleta, y de Santiago Matamoros, y del ¡olé! ¡olé!, y recoger el periódico las autoridades es una cosa simultánea y fulminante.⁴⁰

⁴⁰ Carta de Miguel Moya citada en SALCEDO: 1970: 238.

En abril de 1922 se celebró la muy discutida entrevista entre Unamuno y Alfonso, concertada a petición de éste, durante la cual hablaron de la situación política en general además de los problemas del periodo de la gran guerra. Este intercambio de pareceres con el rey sólo serviría para confirmar el pesimismo que Unamuno sentía hacia el régimen:

Salí de la entrevista más preocupado que había entrado en ella. El sentimiento de desorientación, de interinidad, de zozobra que nos corroe a los españoles todos, cómo que se ahonda al llegar a las alturas del Poder Público. No se sabe ya cómo salir del atranco.⁴¹

El golpe militar de 1923, aceptado de manera anticonstitucional por Alfonso, dio paso a una dictadura militar que prescribió una disciplina cuartelaria, la censura, y un patriotismo a ultranza, amén de dar rienda suelta a una iglesia ultra tradicional. Es más que evidente que, a partir del colapso del régimen civil, Unamuno se trazó un rumbo de colisión con Primo de Rivera. Con sus ataques al nuevo régimen por la imposición de la censura y por servir de taparrabos al rey, Unamuno acabó provocando la reacción que sin duda buscaba. El 20 de febrero de 1924 fue detenido y confinado a la isla de Fuerteventura, una situación que él pronto convirtió en un ejemplar y auto-impuesto exilio y una oportunidad de seguir cañoneando a Alfonso y Primo de Rivera en la prensa europea y latinoamericana hasta la caída del dictador y el restablecimiento de la libertad de expresión en 1930.

⁴¹ UNAMUNO, «Mi visita a Palacio», O.C., vol. VIII, p. 469.